

Volumen XXIII

Junio 1.º de 1928

Número 225

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMP. DE «LA LUZ» —CARRERA 7.ª, N.º 590.

MCMXXVIII

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Junio 1.º de 1928

ADICION

En la relación del Claustro, publicada en nuestro número anterior, se omitieron involuntariamente los siguientes nombres:

Entre los catedráticos de jurisprudencia:

Señor don MANUEL VICENTE JIMÉNEZ, J. D. colegial y doctor en jurisprudencia de este Claustro, catedrático de procedimiento judicial y práctica forense, director general de la Policía Nacional.

En la lista de los colegiales:

Don Ernesto Vargas Rengifo, B. A.

Don José Holguín.

LA SOLEDAD DE FRAY LUIS DE LEON

(CON MOTIVO DEL IV CENTENARIO DE SU NACIMIENTO)

Hé aquí que me alejé huyendo y permanecí en la soledad.

Salmo 54.

Este año los países de habla castellana glorifican al maestro fray Luis de León. Aquí se encomiarán las cláusulas densas y robustas de su prosa; allí se dirán loores a la dulzura, al arcano y al vigor de sus versos; muchos se emplearán con notable pericia en escudriñar los casos de la vida del maestro, y no dudo que se dirán

CONTENIDO

Adición.

<i>La Soledad de Fray Luis de León.....</i>	JOSÉ V. CASTRO SILVA
<i>Traducción de Homero.....</i>	FRAY LUIS DE LEON
<i>Bogotá y el Colegio del Rosario.</i>	LUIS MARÍA MORA
<i>La primera comunión de mis hijos</i>	HUGO WAST
<i>En la muerte de doña Paulina</i>	
<i>Mallarino de Gómez Restrepo</i>	J. LOZANO Y LOZANO
<i>San Agustín, su vida y su labor.</i>	R. M. CARRASQUILLA
<i>Grados.</i>	
<i>Carlos Arturo Torres.....</i>	JOEL CARRILLO B.
<i>Bogotá en 1885.....</i>	E. GÓMEZ B.
<i>Honrosa distinción al señor Vicerector</i>	

primores en lo tocante a su prisión vallisoletana y a las antecedentes y subsiguientes molestias que pasó por obra de don León de Castro y de aquel cuitado a quien llamaron *Doctor Sotil*. Y Dios sabe si, a este propósito, se sacará a la plaza algún panegirico en que fray Luis sea ensalzado como «mártir de la libertad del pensamiento», o en que resuciten los tan asendereados baldones que son de uso y costumbre en tratándose de la Inquisición, negocio ya juzgado y sentenciado. Todo lo cual, amén de otras maravillas, es bien posible, visto que no há muchos años cierto ingenio español encontró profetizada en cuatro inocentísimas palabras de fray Luis toda la época tumultuosa que se caracteriza con este guarismo: 1789. Mejor que con descubrimientos de este jaez contribuirá a la exaltación del maestro el que ahonde en estas palabras de Menéndez y Pelayo: «Desde el Renacimiento acá, a lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza, nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol del Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos e italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles a Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoja todo».

* * *

¿Cómo sería fray Luis de León? Por varón de índole sumamente esquiva, muy bien hallada con el retiro y soledad, enamorado de la vida interior, hemos de tenerle, fiados a lo que de sí mismo nos cuenta en diversos lugares de sus obras. Pero aun descartado este testimonio, bastarían a reemplazarlo y a encarecerlo una

multitud de pasajes que muestran a fray Luis constantemente ansioso de platicar consigo mismo y de encerrarse en el secreto de su alma como en oficina misteriosa donde sublimaba el mundo sensible y externo hasta otro interior en el que estaba de asiento y donde se movía desembarazadamente a veces para apurar la hermosura y la paz con que le brindaban las ideas, y a veces para aventurarse en pos de un pensamiento que le guiaba de una lumbre a otra lumbre:

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo
A solas sin testigo. . . .

Así, será justo que contemos a fray Luis en el número de aquellos que supieron ejercitarse de continuo en esa silenciosa experiencia de cada cual dentro de sí mismo, que dijo Luis Vives.—Algunos en lo antiguo, muchos en lo moderno la probaron y fueron a parar o en el psicologismo estéril o en el pesimismo cruel; de entrambos riesgos se libró el de León porque su energía espiritual

Desde Dios para Dios yendo y viniendo

no se encogió ni achicó jamás dentro de los puros términos humanos.

En carta a don Pedro Portocarrero escribe fray Luis: «Siendo yo de mi natural tan aficionado al vivir encubierto, que después de tantos años como há que vine a este Reino, son tan pocos los que me conocen en él, que como Vmd. sabe se pueden contar por los dedos...»

De mi natural, dice fray Luis, y con eso ya queda probado sin apelar a novelescas y soñadas invenciones, que aquella su índole meditativa y reconcentrada, su apartamiento y su anhelo de excusar contiendas y contrastes con sus coetáneos, no fueron efecto ni conse-

cuencia del desengaño que sufrió al verse mal comprendido y peor tratado. Hubiéranle ensalzado sin tasa, y de seguro habría perseverado en su «vivir encubierto», sin que fueran poderosos a sacarle de su castillo interior ni el estrépito de los aplausos, ni el centelleo de los honores, ni el olor de los zahumerios.

Y no venga nadie a decirnos que mudándose las circunstancias y puesto fray Luis en el trance de ser agasajado y gratificado con galardones famosos, su condición hubiera sido muy otra, es a saber, comunicativa y regocijada o propensa a hacer gala de su noble ingenio en el trato y comercio con los hombres; no se diga que las honras y mimos de sus contemporáneos habían podido convertir el dulce lamentar que se oye en la *Noche Serena* en una armonía pujante y brava; o que las lenguas lisonjeras le habrían hecho dejar la pluma con que desentrañó la significación altísima del «Cantar de los Cantares» para echar mano de otra que ilustrase tortuosas hazañas políticas. Nó, por cierto: a un hombre que *de su natural es aficionado al vivir encubierto* probablemente le dan igual enfado y pesadumbre los reclamos de la gloria mundana y los atropellos de la ruindad, porque tan capaces son los unos como los otros de desquiciarle el sosiego de su mundo interior.

Cuanto más crece y se ensancha este mundo interior, menos gusto halla el hombre en atarse con el exterior. Los santos, conforme a la palabra de Jesucristo: «El Reino de Dios está dentro de vosotros», recatan en sí un mundo que trasciende todo lo terreno y precisamente por eso realizan aquel prodigio de apartamiento que pintó san Pablo con estas palabras: «Nuestra conversación está en los cielos». A quien desee un comentario de esta doctrina se lo dará espléndido Fray Luis:

Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño o peregrino oye ni siente.

Ese *aquí* nos lo deja vislumbrar el poeta agustino cuando nos introduce en su propio mundo espiritual y nos declara su arquitectura y las leyes de soberana armonía y de amplísima universalidad que presidieron a su formación. «Porque se ha de entender—dice—que la perfección de todas las cosas *y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón*, consiste en que cada una de ellas tenga en sí a todas las otras, y en siendo una, sea todas; cuanto le fuere posible. Porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo.... Que cada uno de nosotros sea pues un mundo perfecto, para que de esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mío, se abraza y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean».

Y por si esta elegantísima exposición fuera tildada de abstrusa y recóndita, cuidó de esclarecerla Fray Luis con una semejanza exquisita:

«De lo cual puede ser como ejemplo lo que en el espejo acontece: que si juntamos muchos espejos y los ponemos delante de los ojos, la imagen del rostro que es una, reluce una misma, y en un mismo tiempo en cada uno de ellos; y de ellos todas aquellas imágenes sin confundirse, se tornan juntamente a los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira».

Confesemos que el hombre que por tal arte pudo y

supo adueñarse del universo y meterlo dentro de sí y revolver sobre él para hacerle reflejar sus propios pensamientos, tenía sobrada razón para empeñarse en vivir a solas consigo mismo, firmemente arraigado en el ribazo de la contemplación, embestido tal vez pero no derrocado por los tumbos y vaivenes de los sucesos humanos.

Mas como contemplativo de buena casta, ese mismo fray Luis que se encumbraba por amor

a donde no llegó ni el pensamiento,

ponía los ojos en las realidades de la vida para juzgarlas con extremada agudeza y en ocasiones con emoción y libertad increíbles.

Con agudeza, he dicho, porque la continuada visión de *las cosas bellas y divinas* (y por cierto que en sólo eso colocó la felicidad Platón, maestro preclarísimo de fray Luis), es cabalmente la escondida

senda por donde han ido

los pocos sabios que en el mundo han sido.

De estos pocos fue el de León como lo acredita su libro de la «La Perfecta Casada» donde, en lo que atañe al oficio y deberes cotidianos de la mujer en el matrimonio, no hay dificultad que no se suelte, ni virtud que no se dilucide, ni riesgo que no se prevenga, ni paso de la vida que no se sublime hasta los cielos; todo lo cual hace fray Luis con arte tan singular y estupendo que en ocasiones parece que las palabras se desvanecen y que en lugar de ellas hablan a la mujer y la amonestan la luz nueva del sol cuando amanece, la fragancia del campo recién vestido de yerbas menudas, el colorearse de las nubes, la claridad de las estrellas y el rumor armonioso con que va corriendo la vida en el seno de la naturaleza.

¿De qué origen derivó fray Luis esta sabiduría? No nos cansemos en averiguarlo porque él mismo lo sugiere al poner su libro en las manos de doña María Varela Osorio: «en esta jornada del matrimonio que tiene Vmd. comenzada le enseñaré no lo que me enseñó a mí la experiencia pasada, porque es ajena de mi profesión, sino lo que he aprendido en las sagradas letras, que es enseñanza del Espíritu Santo.»

Estas palabras ¿no están avisándonos que el maestro adelantó y remató sus obras merced a la contemplación, y que ella fue tan subida que a imagen de la Bondad Infinita, no desdeñó poner los ojos en lo que a nosotros suele parecer trivial y ordinario, ni tuvo por vil o menuda ninguna cosa de las que hacen al provecho de los hombres?

De la contemplación y de la soledad sacó también Fray Luis aquel su vivir libre «de odio, de esperanzas, de recelo», y por el mismo caso le habilitaron para ser decorosa y razonablemente audaz cuando se trataba de puntualizar las obligaciones y de señalar los desfailecimientos de los grandes. Oigámosle un momento:

«Y entre los hombres, los que gobernaron bien, siempre procuraron cuanto pudieron avvicinar a esta imagen de gobierno (el de Dios) sus ordenanzas. La cual imagen apenas la imitan ni conocen los que el día de hoy gobiernan; y con otras muchas cosas divinas, de las cuales ahora tenemos solamente la sombra, también se ha perdido la fineza de aquesta virtud en los que nos rigen, que atentos muchas veces a un fin particular que pretenden, usan de medios y ponen leyes que estorban otros fines mayores y hacen violencia a la buena gobernación en cien cosas, por salir con una sola que les agrada.... Mas estos que ahora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nues-

tro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño.»

Que si de los grandes pasamos a las gentes de abajo, es de notar la precisión con que describió aquellas sociedades en que medran y lozanean los celos, las rencillas y las rivalidades de oficio. Explica Fray Luis cómo se aplicó a la poesía «más por inclinación de su estrella que por juicio o voluntad» y añade:

«Conocía los juicios errados de nuestras gentes, y su poca inclinación a todo lo que tiene alguna luz de ingenio o de valor; y entendía las artes y mañas de la ambición y del estudio del interés propio, y de la preunción ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas, y se enseñorean agora de nuestros tiempos. Y así tenía por vanidad excusada a costa de mi trabajo ponerme por blanco a los golpes de mil juicios desvariados, y dar materia de hablar a los que no viven de otra cosa.»

Leyendo esto se pregunta uno si sería fray Luis duro y riguroso en demasía con sus coetáneos y extremadamente sensible a los desmanes y injusticias que, valga la verdad, llovieron sobre él; tan sensible que hubiera llegado a concebir fundada ojeriza o, por lo menos vehemente y muy amarga sospecha contra los hombres en general; tan sensible que a trueque de no sufrir descomedimientos, hubiera preferido ahuyentarse de toda compañía y sociedad; tan sensible en fin, que siendo de suyo inclinado al aislamiento hubiera parado en misántropo.

La oda XXII parece darle la razón a quien esté por la afirmativa:

Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
ni el alto tribunal, ni las ciudades,
ni conoció del mundo el trato fiero.

Que por las incientes soledades,
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña
y el ánimo enriquece con verdades.
Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que las aplomen odio y saña.

.....
Allí contento tus miradas sean,
allí te lograrás; y a cada uno
de aquellos que de mí saber desean,
les dí que no me viste en tiempo alguno.

Nadie más distante de fray Luis de León que Byron, y sin embargo concuerdan a veces maravillosamente:

¡Oh man! thou feeble tenant of an hour,
Debased by slavery, or corrupt by power,
Who knows thee well must quit thee with disgust.

Lindas cuestiones suscitan las frases de fray Luis que bien desentrañadas junto con otras y otras del mismo cuño que abundan en la obra poética del maestro, desvelaría muchas reconditeces delicadísimas de su alma; pero tal comentario no cabe ya en este rasguño. Lo que sí importa que sepamos es que el amor de la eterna verdad pudo más en fray Luis que todas las injurias y villanias que padeció: ellas le inspiraron la honda y desolada queja que suena en sus versos, pero también le hicieron poner mano en «Los Nombres de Cristo.» Así lo cuenta él mismo al comenzar esta obra: «Mas ya que la vida pasada, ocupada y trabajosa, me fue estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecución; no me parece que debo perder la ocasión de este ocio; en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto. Porque aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado; pero el favor largo del cielo que

Dios, padre verdadero de los agraviados, sin merecerlo me da, y el testimonio de la conciencia, en medio de todos ellos, han serenado mi ánimo con tanta paz, que no sólo en la enmienda de mis costumbres, sino también en el negocio y conocimiento de la verdad, veo agora, y puedo hacer lo que antes no hacía. Y háme convertido este trabajo en mi luz y mi salud.»

¿Podía Fray Luis de León dar mejor o más elocuente testimonio de que, como él mismo dice en otra parte: *El verdadero pasto del hombre está dentro del mismo hombre?*

Marzo 19 de 1928.

JOSÉ VICENTE CASTRO • SILVA

(De *El Mensajero del Corazón de Jesús en Colombia*).

TRADUCCION DE HOMERO

ODA II DEL EPCDON—*Beatus*

Dichoso el que de pleitos alejado,
Cual los del tiempo antiguo,

Labra sus heredades, olvidado
Al logrero enemigo.

Ni el arma en los reales le despierta,
Ni tiembla en la mar brava;

Huye la plaza y la soberbia puerta
De la ambición esclava.

Su gusto es, o poner la vid crecida
Al álamo ajuntada,

O contemplar cuál pace, desparcida
Al valle, su vacada.